

Las personas que elegimos

Dicen que nosotros elegimos a nuestros padres cuando nacemos.

Yo elegí a mis padres, unos padres de clase obrera y trabajadora, nobles y honrados válgame la discreción.

Me llevaron a la guardería y allí lloraba como todos los niños a pulmón abierto, y más tarde fui al colegio de primaria, donde conocí al que sería mi futuro marido.

En la hora del patio, en plena adolescencia, jugábamos al conejo se ha escapado a la hora de dormir ya está aquí, haciendo reverencia con cara de vergüenza tu besarás a quién te guste más y siempre mi chico me robaba un beso, más tarde fuimos al instituto donde teníamos que estudiar mucho si queríamos llegar hacer estudios universitarios.

Lo conseguimos y nos pusimos a trabajar, él de médico cirujano y yo de profesora de literatura española.

Y llegó el momento de jurarnos amor eterno, nos casamos por el juzgado, una ceremonia discreta, con los más allegados, para más tarde venir los hijos, dos, la parejita.

Y con el paso del tiempo nuestros hijos crecieron y nosotros con ellos envejecimos y llegó la hora de la jubilación y empezaron los achaques propios de la edad.

Hasta que nuestros hijos decidieron meternos en una residencia y allí juntos de la mano pasábamos nuestros últimos días. Hasta que un buen día él no se

levantó y me había dejado una nota en la mesita que decía: “Cariño si algún día amanece y ves que estoy dormido y no despierto, te espero en el cielo, por favor elígeme”.

Y así lo haré, te volveré a elegir.

Toda una vida